

DIBUJAR. ESCRIBIR. MIRAR

DOI: 10.24142/unaula.n43a7

SAÚL ÁLVAREZ LARA¹

“... Escribir es, para mí, lo mismo que dibujar: anudar las líneas de tal suerte que se transformen en escritura o desanudarlas de tal suerte que la escritura devenga dibujo...”

Jean Cocteau

- 1 Estudios de Pintura Monumental en la Escuela Nacional de Arquitectura y Artes visuales. La Cambre. Bruselas, Bélgica. Escritor y dibujante en permanente búsqueda de cómo y dónde, entre ficción y cotidianidad, se construyen las historias. Con exposiciones de dibujo en espacios dedicados al arte y libros publicados en editoriales locales.

Es provocación interior que dibujos y palabras se crucen. Líneas, texturas, formas, ojos, manos, cuerpos, tatuajes, por un lado. Vocales, consonantes, palabras, signos de puntuación, frases por el otro. Cuando sucede, ficciones de lo mirado, memorizado, escuchado, se manifiestan.

Dibujar

Dibujar es mirada, memoria y también experimentación. Hace años asistí a talleres de dibujo tres veces por semana, cada taller era un experimento. En ocasiones debíamos ir de un salón a otro para ver la modelo, memorizar su pose y regresar al salón anterior para dibujar lo memorizado. En otras sesiones, la modelo posa entre un enjambre de sillas metálicas; el resultado son trazos de cuerpo cruzados con el enjambre en formas inusuales. O en otras, una escenografía con utilería teatral rodea la modelo que, en poses cortas, se desplaza, la escenografía queda y el movimiento, por la superposición de líneas, aparece. En los últimos años he vuelto a dibujar con modelo en un taller temprano.



Escribir

Durante el tiempo en que no asistí a taller alguno, dibujé y también escribí ficciones urbanas. Escribí lo que sucedía alrededor en cafeterías, salas de espera, estaciones de metro. De este ejercicio resultó una manera de mirar alrededor e imaginar las ficciones de otros que, al fin de cuentas, son las mías. La sensación de dibujar situaciones, personajes, detalles, está presente en cada frase. Narrar detalles se hizo indispensable. Lo escrito, siempre en el celu-



lar, se ajusta a la posibilidad de no tener en cuenta o ignorar movimientos, ruidos, lugares o estrujones imprevistos. Escribir no requiere, para mí, de un espacio distinto a aquel donde me encuentre cuando la ficción del otro se manifiesta. Entonces escribo, como si dibujara.

Dibujar

Quien asiste a un taller ocupa un lugar frente a la modelo; ella, desnuda, en la plataforma cubierta por una tela con flores en tonos rojos y azules, asume su espacio frente a los asistentes que miran, miden, memorizan y luego trazan con lápiz, marcador, pincel o pluma, las formas que cada pose sugiere. Es el centro de atención y en su quietud mira el vacío o el reflejo de su cuerpo en las vitrinas frente a ella. Cierra los ojos y piensa, se concentra o, tal vez, intenta no pensar. Si así fuera, es posible que cambie de pose inesperadamente, antes de tiempo; es una idea que me alcanza con frecuencia mientras miro e intento dibujar el momento, en ocasiones lo logro, en ocasiones no. Modelo y dibujante se concentran: en la forma quien dibuja, en el contenido de la forma quien modela. Hay poses que pasan de lo visto a aquello por descubrir. La relación entre modelo y dibujante es una incitación al descubrimiento.



Escribir

Dos mujeres se toman *selfies*. Hacen caras, hacen poses, se acercan, se miran y toman la foto. Se parecen, es posible que sean hermanas, una mayor que deja que la otra, menor, haga las fotos o insinúe las poses. No son madre e hija, la mayor no lo es tanto y la menor tampoco. Es posible que sean pareja, aunque el parecido es evidente. Dicen que todos aquellos que pasan o viven mucho tiempo juntos terminan por ser iguales, al menos parecidos. La mayor lleva el pelo amarillo cogido atrás en cola; la menor, lo lleva rojo, ondulado, suelto hasta la cintura y al hacer las *selfies*, de espaldas al lugar donde me encuentro, deja ver una mariposa tatuada en cada brazo, encima del codo. La mariposa de la derecha tiene alas oscuras, la otra, la del codo izquierdo, las tiene en línea y en tonos claros en el mismo lugar. Iguales en forma y tamaño, la mariposa de la derecha parece el negativo de la otra a la izquierda.



Dibujar

¿Por dónde iniciar un dibujo? Los dibujos con modelo se inician, pienso, en cualquier parte del cuerpo. La pose recostada, resultado de un movimiento anterior, es perfecta para mantener la línea de horizonte sobre el brazo izquierdo que reposa a lo largo del cuerpo hasta medio muslo, y es el límite superior de la figura. De esa línea hacia abajo se construyen las formas: los senos que bajan, el vientre que, como los senos, cae; la pierna izquierda que reposa sobre la derecha; la maraña de pelo

apretado que se desperdiga sobre el brazo que sirve de sostén a la cabeza; los ojos cerrados, la boca sin expresión; la imagen del sueño sin sueño; del sueño con la esperanza de que el tiempo pase rápido. Posar fatiga. ¿En qué piensa quien posa mientras los dibujantes dibujan?

Escribir

Dos personajes al fondo de la sala. Están lado a lado. Ella rígida, con la mirada fija al frente, tal vez, piensa; su vecino, joven y agachado, mira el celular que tiene entre manos a la altura de las rodillas. No son pareja, pero están juntos. Pasan los minutos, no cambian de pose, no hablan, están solos, acompañados, pero solos. Una pareja se acerca a la mesa vecina, parecen enamorados, van de la mano y se miran a los ojos. A partir del momento en que ocupan sus puestos sacan el celular, no se miran, y tampoco se hablan. Otra mujer llega sola. Viste de rosado y es mayor. Traía seguramente la idea de lo que quería consumir porque el mesero

le arregló la mesa y en pocos minutos trajo lo que ella había pensado que quería, pidió por teléfono, el mesero adivinó o estar allí es rutina que se repite a diario. Todos están solos, yo también y los miro. Ellos no me han visto.



Dibujar

Tres poses en una. La cabeza apoyada en la palma de la mano, el brazo derecho con el codo apoyado en la rodilla del mismo lado, la pierna levantada hasta la base que sirve de asiento, la cabellera en maraña tupida cae hasta la espalda por un lado y por el otro pasa

entre el brazo y el hombro hasta tocar una parte del seno. La mirada va y viene entre abrir y cerrar los ojos. En lugar de parecer en reposo la pose es el inicio de quien toma o quiere tomar impulso. Su cuerpo tiembla, los senos en caída tiemblan, el peinado enmarañado se balancea, movido apenas, por el temblor generalizado del cuerpo. Pose difícil que no le permite cerrar los ojos y la obliga a concentrarse en el equilibrio. Seguramente piensa en eso, en el equilibrio. Las manos en la espalda, la cabeza levantada como si esperara encontrar escapatoria en las alturas, los ojos en la misma dirección se cierran tan lentamente como se abren, sin abrir sin cerrar, sin dormir sin despertar. Solo estar.

Escribir

Retrato de mujer mayor, dominante y seria. Peinado corto, quieto, teñido en caoba, brillante al trasluz; gafas para ver de montura transparente, expresión dura que se acentúa cuando habla a los dos hombres que la acompañan. Parece reclamar el por qué de algo, si se hizo o no se hizo. Ellos, de diferentes edades, obedecen, no discuten, no reclaman y esperan que la mujer hable para balancear la cabeza como mascotas de plástico. La mujer, flaca, podría ser la madre de los dos hombres o, al menos del más joven, y suegra o tía dominante del otro. Se sienta derecha, no se inclina y cuando toma del vaso que tiene en frente lo hace con sorbos cortos apenas apoyando los labios delgados en el pitillo. Debe llevar alguna crema para disimular las arrugas, se ve mayor y la rigidez de su expresión, sin maquillaje, es evidente. Seguramente hablan de algún tema inconcluso, mal tratado o en difi-



cultades y los dos hombres no tienen la solución, ésta tiene que venir de ella. Es posible que haya llegado a esa situación por herencia del padre, muerto cuando era aún joven y casada, pero sin hijos. Se hizo cargo de la empresa familiar, se separó del marido que no resistió su energía, sostuvo la familia y ahora, después de los años y retirada, pero con la autoridad intacta, se reúne con sus subalternos, les indica lo que deben hacer, lo que no, y en los días como hoy los pone a marchar al paso pues sus órdenes no tienen alternativa, ni reversa.

Dibujar



Pose uno. La modelo habla. Mueve ojos y boca, ríe y mira para todos lados. Mueve la cabeza. El cuerpo rígido, los brazos bajos. Una pierna plegada, la otra extendida sobre el taburete. Pose cómoda. Pose dos, cinco minutos como las anteriores y las por venir. El brazo extendido, la mano sobre la rodilla. Mira a la derecha, habla, el cuerpo quieto en contraste con la boca y los ojos que se mueven. El cambio de pose hace que el árbol tatuado en la pierna sea más visible. Abre y cierra los ojos, aprieta los labios, piensa o recuerda o calcula.

Una cadena sencilla, delgada, con un pendiente, baja hasta casi tocar los senos. La dibujo. Otras veces en el salón hacen que sus ojos las sigan hasta encontrar de dónde vienen. Pose tres. Recostada en el asiento, las piernas estiradas hacia adelante, las manos cruzadas sobre el vientre. Calla y mira el piso, levanta los ojos y mira el vacío. El pelo, suelto en las poses anteriores, ahora está cogido en moña en lo alto de la cabeza. Suena la alarma que indica el final de la pose. Pose cuatro. La modelo en la silla,

de espaldas a los dibujantes, cruza los brazos encima de las nalgas, baja la cabeza y cierra los ojos. El sonido de un motor se escucha más allá, lejos. Por las celosías abiertas en lo alto de la ventana, entra algún viento frío, molesto. La pose parece ser la misma de la mujer de espaldas a la ventana en la pintura de Edward Hopper.

Escribir

Me encuentro con alguien que lleva zapatos iguales a unos que compré y, según el vendedor, eran únicos. Con el ánimo de que duren y sigan siendo únicos, los uso poco. La sorpresa cuando vi al personaje con zapatos iguales a los míos fue grande. Podría ser yo. Paseaba despacio, paso entre paso. Decidí, mientras lo seguía, imitar sus pasos, hacer los míos cortos como los suyos. De esta manera, la única que se me ocurrió en ese trance, podía hacer que sus pasos idénticos a los míos me devolvieran el caminar del cual yo era el único propietario. Lo sigo sin que nada suceda hasta el lugar público donde dos hombres mayores, uno grueso y el otro flaco, se aburren. El grueso se aburre mientras mira el celular y debe entender poco o nada lo que ve, la mirada vacía lo delata. El otro, flaco, no ve, aunque mira para todas partes. Los dos esperan, ¿la mujer, un hijo, un amigo?, alguien vendrá por ellos. Mientras llega quien vaya a llegar se ensimisman y no ven o no quieren ver. Otro, también mayor, pide permiso para ocupar un puesto libre, el flaco acepta, el grueso no se entera. El recién llegado ocupa el lugar, saca el celular del bolsillo de atrás y mira una película. El grueso y el flaco, la espera, la ausencia, los celulares, la película, las pulseras de artesanía que el flaco lleva, las gafas



sucias que el otro limpia con el faldón de la camisa, los zapatos iguales a los míos, el personaje que sigo, parecen detalles sin interés, normales, corrientes, comunes entre gentes que matan el tiempo en lugares públicos. Detalles, al fin y al cabo.

Dibujar



Me concentro, abandono el intento de dibujar la figura de la cabeza a los pies y dedico el tiempo a definir, conocer, memorizar detalles: manos, piernas, brazos, senos, tatuajes. Detalles al derecho y al revés en el reflejo de la vitrina. La posibilidad apareció en el momento en que vi cómo la modelo calculaba la pose en el vidrio frente a ella. El reflejo determina, para ella, el ángulo que los asistentes dibujan. Pensé, entonces que el resultado, no sólo de comenzar por un detalle elegido al azar, sino de dibujar el reflejo como si lo tuviera en frente,

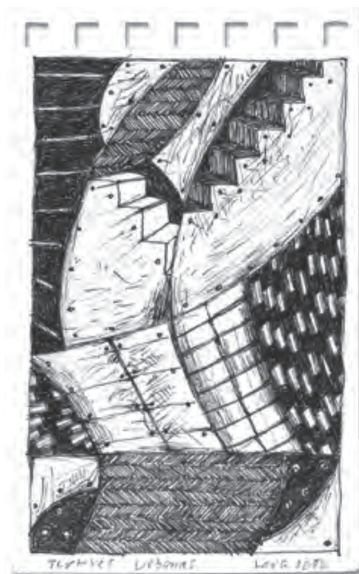
tendría un efecto en los dibujos. Tal vez me enseñaría a mirar al revés, me procuraría un aprendizaje en la definición de los detalles o, es posible, me enseñaría a ver el lado escondido de los objetos, de las modelos, de las formas. El experimento exige concentración para pasar del reflejo al no reflejo en un instante. Definir los contornos, interpretarlos en su lugar sin saltar la barrera mínima entre un lado y el otro, no olvidar que se dibuja el lado opuesto, son ejercicios de minucia porque la acción primera define lo que está en frente; representarlo al revés implica cruzar la delgada, invisible frontera que separa el aquí del allá, el cuerpo del reflejo. Lo intenté. Algunos salieron aproximados, otros tuvieron fallas que, sobre el papel, no tenían ni derecho ni revés, una suerte de cubismo plano.

Escribir

Doce personas en el metro, no me incluyo, van concentradas en sus celulares y por supuesto no ignoran lo que sucede alrededor, se mueven por el mundo virtual y por éste, análogo, al mismo tiempo. Esto, en apariencia, no es causa de sorpresas, desvaríos o pérdidas. Mientras escribo, una mujer que habla por celular, dice: ... es que no tengo tiempo..., y repite, ... no tengo tiempo... Por el tono de urgencia con que insiste en su falta de tiempo es claro que quien está al otro lado no cree o, si cree, piensa que puede lograr que la mujer tenga tiempo. Es difícil, tiempo es lo que falta, a todos, incluso a la otra mujer sentada frente a mí que mira el celular y parece despreocupada. Unos leen, otros ríen, otros miran fotos o juegan, todos sin excepción están en el lado paralelo. Ya fuera del Metro, tras los primeros pasos en la calle, me cruzo con un hombre masivo, grande, una cabeza más alto, con camiseta pequeña para su tamaño marcada en el pecho tres veces con la misma palabra: “ficción”. Este hombre ¿va o viene?, me pregunté.

Dibujar

Qué podría suceder si inicio el trazo de cada pose desde un lugar distinto del cuerpo, ¿el dibujo mejoraría, perdería agudeza, la figura quedaría deforme, las proporciones fallarían y la modelo con su pose se perdería? Valía la pena intentarlo. El primer dibujo que inicié por la pelvis resultó descompuesto por falta de una guía, la cabeza grande en dirección distinta al cuerpo parecía prestada. Para el segundo tracé una línea, eje, que indicaba la inclinación general de la figura y a partir de una





aproximación sin la expectativa de la perfección.

Escribir



música. Al lado de la morena del estuche, un hombre joven, mensajero

Una mujer morena, joven, delgada, pero con ropa estrecha, luce el peinado enmarañado y le queda bien. Lleva audífonos y también, colgado del hombro, un estuche negro, estrecho y largo. Por la manera como lleva el estuche, lo protege. Es un clarinete, me digo; pero el estuche es demasiado largo para el instrumento; pienso entonces en un taco de billar, pero dudo porque no tiene figura, ni edad, ni cara de ser billarista. Tal vez lleva el taco de billar del papá o de un tío; o, el clarinete del novio que toca en una orquesta o estudia

supongo, deja ver una cruz tatuada en la sien y también escucha en los audífonos algo que no sólo lo aísla de lo que hay alrededor, también le vacía la mirada. Sus ojos fijos al frente no se mueven, tampoco pestañea. Lo imagino mensajero porque sostiene a su lado una docena de escobas atadas con tres cabuyas y colgado del hombro una bomba para destacar inodoros. Por lo que lleva puede pasar por mensajero, también, es posible, que preste servicios de limpieza. La joven morena y el mensajero no van juntos, tampoco se conocen. Los unen los audífonos y, tal vez, lo que escuchan.

Dibujar

La modelo lleva peluca roja, de tono intenso, gafas con montura dorada, tatuajes en los brazos, en las piernas, en la espalda. Cada tatuaje tiene su historia. El corazón involucrado con otro corazón en el hombro, es el amor; las mariposas al vuelo saliendo de los corazones son la libertad de ese amor; lo mismo el ave arriba del pecho y la pluma en el hombro opuesto: libertad, vuelo, vientos. Una oración, inventada por ella, es un llamado a la protección. Manchas dispares en muslos y antebrazos son inventario de agresiones sufridas. La modelo habla y no se queda quieta, mueve las manos, los brazos, la cabeza, abre y cierra los ojos. No posa, no es su oficio. Su oficio es actuar, simular, disimular. Se cubre con un manto casi transparente, rojo como la peluca. Cambia de pose sin prevenir. Dibujar la quietud es un aprendizaje permanente, la modelo quieta incita a ejercicios de memoria y de composición. Dibujarla con sus movimientos y detenerlos con trazos es un reto a la mirada, a la memoria, al movimiento mismo.

Mirar

“... He pasado la vida aprendiendo a mirar...”, dijo Henri Matisse una mañana o un atardecer. Dibujar y escribir son herramientas para ejercitar la mirada. Los detalles banales y las líneas fuera de lugar hacen parte del aprendizaje. A pesar de que cada uno mira y ve lo que su entendimiento permite, la literatura y el arte amplían el panorama y proponen espacios, ángulos, formas, no sólo representación de lo que vemos, sino ficción interior de aquello que “el mundo llamado real”² insinúa.

2 Palabras de Keserü, personaje de *Liquidación*, novela de Imre Kertész.



JUAN HERRERA SOTO

TÍTULO: CERRO BRAVO

TÉCNICA: OLEO SOBRE LIENZO

DIMENSIONES : 60.0 X 80.0 CMS